

CARTA A PILAR NARVION

(CORRESPONSAL EN PARIS)



Q UERIDA Pilar: Me dices en una nota para el Director, aneja a una de tus crónicas, en la que das cuenta de algunos comentarios franceses a la constitución del Gobierno español, este párrafo: «Como no es el primer toro que lidias, estoy segura de que también a éste le encontrarás su faena». Gracias; no me ha hecho falta vestirme de luces el día 29 de octubre; no

he llenado mi habitación de santos, de rosarios, y de macarenas; nadie me ha deseado sombriamente suerte, de viva voz. Oí la lista, y me fui al periódico a decirselo a los lectores. Desde París ya sé que a España se la ve como un ruedo vibrante. Algunos emigrados la glosan, o la suspiran, o la descalifican, con una publicación que se llama «Ruedo Ibérico». Es como un patriotismo de la nostalgia y de la ira.

P ARECE que lo más fácil, lo menos arriesgado, en la lidia de los toros es torrear de cerca, *fajándose* a la res; entonces solamente hay que tener el sentido de la distancia. El toro se revuelve con más dificultad cuando se le deja menos terreno; únicamente hace falta el valor necesario para estar cerca. Siempre he intuido un poco esto: la audacia justa como seguridad. Corrientemente emplazo las tres grandes pasiones nacionales —el fútbol, los toros y la política— en una misma imagen de reflexiones. La política recibe de los toros el arte, el riesgo, la esperanza, la desesperación, la bronca y la puerta grande. Del fútbol recibe el sistema, la combinación, el *dribling* o *gambeteo*, la resistencia, la ofensiva, el juego por el centro o por las alas, el acatamiento a la norma. Hace mucho tiempo que estoy en la banda. (En los toros, en el callejón.) En realidad, no he salido nunca de la banda. ¿Por qué iba yo a lidiar ahora? ¿Acaso he figurado en algún cartel? A veces, por devoción impagable a la provincia de Avila, juego o toreo un poco de salón en las Cortes o en el Senado. Solamente digo —como escritor o como periodista— lo que pasa, y en ocasiones algunos advierten justamente que no soy un cronista desentendido de admiraciones o de pasiones. No hay uno solo de ellos que esté libre de esto. En los libros, o en la fiesta nacional, Clarín o Corrochano. Escritores como Galdós escribieron a

toro pasado el siglo XIX, y no fué lo que se dice un cronista rigurosamente imparcial; menos puedo serlo yo que estoy en el ajo.

Q UERIDA Pilar: te voy a decir algo que si siguiera tu exploración de la vida española en ese rumbo, no necesitarías los auxilios de nuestro común amigo de «Le Monde», Niedergand, ni los de otros compañeros que escriben deliciosamente de España con error. Aquí ya se tienen pocas doctrinas, porque unas han envejecido y otras han sido consumidas por la época. Ya no se sabe exactamente, de cara a 1970, qué es concretamente, programáticamente, —sin disidentes interiores— el socialismo, la Falange, la democracia cristiana, el comunismo o los republicanos radicales. No hay grandes ideologías sobre la mesa, sino hombres comprometidos con cosas del pasado —aunque no hayan vivido el pasado— que se obstinan, difícilmente, por actualizar, por sobrevivirse arreglando cosas. Es un esfuerzo meritorio y sin esperanza. El mundo moderno ha hecho con el pasado una operación de turmix. La época ha mezclado y ha batido las ideologías. Todas aquellas tan concretas de 1936 tienen ahora múltiples semblantes. La gente no suspira ya por ellas, sino por soluciones a problemas. Hay como una ideología general aceptada, instalada en el subconsciente, y que está recompuesta por muchas partes de los viejos programas subversivos. En eso tan aparentemente materialista de querer *vivir bien* está la superación de todo aquello que eran las barreras antiguas de clase o de Partido. Los gobernantes ya no son aquellos que necesitaban más elocuencia en las Cortes que especialización ministerial. El político ya no convence a nadie con una retórica de promesas si no está avalada por el conocimiento de los problemas y el reconocimiento de las posibilidades que tiene de llevarlos adelante. La ideología falangista —tan injustamente agredida y descalificada a nivel internacional— sentenció en nuestro país el viejo Estado y abrió el nuevo, que ya es un destino glorioso. Pero no produjo el número de tecnócratas e intelectuales suficientes para su instalación en la sociedad y en el Estado, y hacerse insustituible. Manejó demasiado tiempo la poesía y lo que llamó *literariamente el estilo*. Eso al principio fué bueno; después tenían que haber tenido bancos, cátedras, fábricas, núcleos de influencia o de poder. A Rocart, tu convecino, que es socialista de izquierdas, dices que le llaman «general sin Ejército» porque tiene solamente intelectuales y tecnócratas. No tiene masas. Igual que aquí. Añades con mucha gracia que opera lejos de los banquetes de combatientes y notables, que ha sido el campo de

laboreo electoral de sus antepasados, los socialistas de Guy Mollet. Pero se ha cargado a Couve de Murville, el hombre de De Gaulle, la ideología contemporánea francesa.

E L socialismo, que es el otro movimiento político capital de este siglo, puso en pie de guerra a los desheredados, que alcanzarían un lugar al sol, y luego serían protagonistas de la Historia, eso que vio tarde Mèndes France. Pero los socialistas españoles —no el socialismo, que ya estaba por encima de las circunstancias nacionales— se jugaron la carta política de la guerra civil. La perdieron. Ahora están en la oposición, y son, igualmente, intelectuales y tecnócratas. Pero es un tren sin carriles. La Falange tenía todos los carriles y se ha ido quedando sin trenes.

L A nueva sociedad española comenzó a producir espontáneamente los *solucionadores*. Las Universidades y las industrias empezaron a hacer brotar los técnicos. Los Estados dejaban de ser individuales para ser comunitarios, y aquellos técnicos, al ingresar al servicio del Estado, se convertían en tecnócratas, esa palabra con *mala prensa*.

D E López Rodó, primer tecnócrata oficial del país, son contemporáneos todos los que han querido canalizar la economía y racionalizar la Administración. No hay un Gobierno europeo sin tecnócratas. La Tecnocracia nace cuando el Estado cambia de naturaleza, y ha de dar satisfacciones generales. Aparece con el Progreso y el Derecho Social. Los cristianos llaman a esto *bien común*. El primer país tecnocrático del mundo es Rusia, que ha tenido la gracia, tras la planificación, de embalsamar las ideas en la dialéctica, en su constitución y en el mausoleo de Lenin.

Y A tenemos cuadrón de tecnócratas que gobiernan nuestro país, como en toda Europa, igual que en todas partes, menos en los nuevos pueblos históricos, que queman urgentemente etapas desde la retórica o las ideologías de la revolución o la liberación, a las soluciones políticas del bienestar. El Movimiento ha dado a este Gobierno un intelectual, Torcuato Fernández Miranda; y un tecnócrata, Licio de la Fuente. Es verdad que hay tecnócratas numerosos que pertenecen, en sus asuntos espirituales, al Opus Dei. Y hasta pienso que tienen una gran solidaridad entre sí; a lo mejor mucha más solidaridad por todo lo que se les discute. Pero no es menos cierto que hay muchos tecnócratas e intelectuales que, no pertenecen a este Instituto Secular; y que nunca pertenecerán a él. Con armas del siglo XIX, o del primer tercio de este siglo, querida Pilar, yo no voy a pelear o a lidiar con las realidades de las postrimerías del siglo XX. Con mi atroz épico y emocionante 18 de Julio yo no me enfrento a los tecnócratas; estoy seguro que pierdo. El hombre especializado, o con soluciones, o con una gran receptibilidad para los remedios desde el Poder, puede diferenciarse en el mayor o menor respeto que tenga a los valores adquiridos o a los intereses creados; se puede tener una mayor o una menor sensibilidad social; unos serán tolerantes, y otros inclementes con los que tienen más de lo justo. Algunos serán partidarios de reformas lentas, y otros drásticas. La lucha política o la disputa por el poder va a estar ahí. En ese instante se va a necesitar la compañía del pueblo. Pero se han acabado las palabras inflamadas. La lira hay que llevarse al lesván. Después es verdad que siguen vigentes, como comportamiento desde el Poder, todas aquellas exigencias éticas, inherentes a la persona con responsabilidad pública o social.

E STA es mi lidia, Pilar. Pero sabiendo que la política está llena de gerentes necesarios, los pueblos deben ser ordenadamente, responsablemente, lozacos. La libertad no ha sido asesinada por las computadoras. Nada se ha perdido; pero todo es de otra manera. Ahora el pensamiento humano, fatigado de hacer la exploración de las sociedades, se dirige al individuo. Las librerías están llenas de textos sobre el hombre. Sobre la vida en común, hasta Marcuse y Mao se quedan antiguos velozmente. No tengo que hacer ningún esfuerzo para aclimatarme. Nada ha brotado por sorpresa. He visto lo que venía, de lejos. Entonces he levantado las persianas

hace tiempo. Decía en mis «Cartas a un Príncipe», escritas y publicadas cuando nadie pensaba que un día vendría el Príncipe: «Me gusta morder las naranjas en los árboles, y asomarme detrás del horizonte. El pasado es siempre de otros y me gusta salir al encuentro de lo que lleva.» Entonces recordaba a Malraux. ¿Qué ha sido de Malraux?



—CREO QUE TODAVIA SE LE PUEDE SACAR JUGO CON UNA VERSION ACTUALIZADA, EN LA QUE DON JUAN SEA HOMOSEXUAL; DOÑA INES, NINFOMANIACA; DON LUIS, DROGADICTO; EL COMENDADOR, «MAFFIOSO»; BRIGIDA, ALCOHOLICA; «CIUTTI», CONFIDENTE DE LA POLICIA; DON GONZALO, MASON; CENTELLAS, DE LA «C. I. A.»; DOÑA ANA, LESBIANA; EL ESCULTOR, PORNOGRAFO; EL HOSTELERO, TRATANTE DE BLANCAS, Y LOS «MALDITOS», SADCOS, PSICOPATAS, «HIPPIES» ESTUPRADORES, CONTESTATARIOS Y ACRATAS.

Emilio ROMERO